



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

UNA MUJER DE BELFAST

MARY BECKETT

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *A Belfast Woman*

La editora quiere agradecer a Quique González
el descubrimiento de esta portentosa obra en su casa
llena de libros, discos y películas, y también
sus copiosísimos y deliciosos festines.

© Mary Beckett, 1980

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2026

© Errata naturae editores, 2026

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-27-6

DEPÓSITO LEGAL: M-6963-2026

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: © Alex Kanevsky, *Unstable Equilibrium*, 2018

MAQUETACIÓN: N. Moreno

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para sor Mary Laurentia, O. P., Belfast

LA EXCURSIÓN

En toda la tarde, Eleanor no pudo pensar en otra cosa que no fuera la excursión. Las mujeres habían estado comentando el asunto en la tienda ese día. El Club de Jóvenes Granjeros organizaba una escapada a Dublín en la que participaría la mayoría de las mujeres, pero hasta la mañana siguiente no se le ocurrió que ella también podría ir. Y la excursión era mañana. No disponía de mucho tiempo. Si no quería perdérsela, no le quedaría otra opción que preguntarle a James a la hora de la cena.

Detestaba la idea de pedirle permiso. No es que no pudieran permitirse el desembolso. Sólo se había casado con él por su dinero. ¿Y de qué le había servido? Al principio, tenía grandes planes, pretendía hacer maravillas con su patrimonio. La culpa era de su padre, que desde siempre le había dicho: «El dinero es poder, niña mía, ¡el dinero es poder!». Y allí estaba, con un montón de dinero que, al parecer, no podía gastar, dinero que había ahorrado para los niños que no habían llegado, para la bonita casa nueva que no habían mandado construir, y hasta para el invernadero de los tomates que James se había negado a montar.

Dinero a espuestas y ella ni siquiera podía apuntarse a una excursión sin contar con su autorización.

James pondría cara de sorpresa, como ocurrió cuando quiso pasar una semana en Warrenpoint con su prima Sarah. Aunque no se negó, se quedó tan atónito que ella no fue capaz de aguantar sus constantes aspavientos y acabó por decirle que al final no iría. Pero esta vez sí que iba a ir. Era un viaje de ida y vuelta en el día y él se las arreglaría estupidamente sin ella.

Sería perfecto arrellanarse en el asiento del tren y ver pasar labrantíos de los que no estaba obligada a preocuparse y cuerdas con ropa que otra persona habría lavado. Y luego, en Dublín, dispondría de todo un día para ver tiendas. No sabía por qué, pero cuando se acercaba a Belfast nunca le daba tiempo a ver nada salvo el mercado y la estación de autobuses. Eleanor nunca había estado en Dublín y por eso nunca había podido participar en las conversaciones de las mujeres que hablaban de las cortinas y la cerámica de Delft y el papel pintado que traerían a casa. No le quedaba más remedio que guardar silencio mientras comentaban lo que hacían y decían los agentes de aduanas. Eso sí, a partir de mañana, sería diferente.

Oyó las pisadas de James en el jardín y se apresuró a poner la mesa para la cena; él siempre comía con prisas por salir otra vez. Entró, tomó asiento y tiró la gorra al suelo junto a su silla. Empezó a comer de inmediato, sin mediar palabra y engullendo a buen ritmo. Eleanor tenía la boca cada vez más seca y se recordó a sí misma que, como no hablase pronto, James se marcharía.

Entonces él levantó la cabeza del plato y dijo: «¿Te has enterado de lo de la excursión a Dublín?». Se metió otro menbrugo de pan en la boca y lo masticó. El corazón de Eleanor empezó a latir lento y pesado. A lo mejor James la animaba a ir. Pero no, nunca había hecho nada parecido; imposible. Eleanor se impacientó. ¿Por qué no terminaba de una vez lo que tuviera que decir? Se le pasó por la cabeza que no solía interesarse lo más mínimo por lo que le contaba su marido. «Estaba pensando en ir», añadió entonces James.

En la cocina no se oía ni el vuelo de una mosca. Hacía calor y el aire estaba cargado. El corazón de Eleanor volvió a latir con normalidad. Había sabido desde el principio que no se las compondría para ir. Se vació de toda la amargura y la feroz determinación de la tarde y asintió sin entusiasmo. «Supongo que sí». James se levantó y salió.

Eleanor se sentó entonces a la mesa y así se quedó un buen rato, sentada sin más. Luego se levantó y empezó a recoger con movimientos lentos y ponderosos, como si toda su energía la hubiese empleado ya en decidirse a preguntarle a James por la excursión. Se enfureció consigo misma. ¿Qué sentido tenía seguir por ese camino? ¿Acaso en el fondo no sabía que su plan no saldría bien? Las cosas nunca salían como quería, y al fingir que aquello cambiaría lo único que conseguía era ponerse en ridículo. Esos sueños suyos eran un disparate; mira que perder el tiempo imaginando tamañas estupideces... ¿Por qué iba a tener ella un día entero para disfrutar?

Sin embargo, otras mujeres gozaban de ese privilegio. Contaban con un mozo a cuyo cargo dejar las gallinas y

el ordeño. James jamás accedería a que contratasen a un hombre para echarles una mano. Decía que no le veía sentido; ¿en qué circunstancias iban a ausentarse de casa los dos al tiempo? Aun así, cuando tocaba decidir cuál de los dos debía ir adonde fuera, ella siempre era la que se quedaba atrás. Tal vez fuera culpa suya; debería ser más firme y no ceder tan fácilmente. Pero era incapaz de pedirle nada a James sin antes dedicar horas a armarse de valor. Y, cada año que pasaba, le costaba más y más dirigirle la palabra.

En el momento de meterse en la cama estaba demasiado agotada para darle más importancia al chasco y sacó la camisa limpia y los calcetines para James con una leve sensación de alivio porque al día siguiente estaría sola en casa. No se molestaría en hacerse el almuerzo; con la cena le bastaría, y la saborearía a sus anchas, sin el semblante hosco de él al otro lado de la mesa.

El día siguiente amaneció despejado y cálido, con una neblina leve que prometía una jornada muy calurosa. James estaba la mar de contento, aunque se lo veía más bien incómodo con la camisa de franela y el traje de sarga azul. Durante el desayuno estuvo muy locuaz; fueron apenas retazos de frases sobre la hora a la que tenía que estar en la estación y la hora a la que volvería el tren por la noche, claro que, para lo que acostumbraba, fue una conversación larga.

Tomó la gorra, se encaminó hacia la puerta y, en el momento en que sacaba la bicicleta, exclamó: «Bueno, me voy, Eleanor. No trabajes mucho si hace calor». Ella se que-

dó en el umbral sosteniendo la tetera que se disponía a vaciar y se echó a reír de pura sorpresa. Él se giró, sonrió y se alejó por el camino.

Eleanor entró de nuevo en casa canturreando por lo bajo y se puso a recoger la cocina antes de batir la mantequilla. Que no trabaje mucho, repitió para sus adentros con sorna. Nunca antes le había dicho eso; lo cierto es que James no parecía ser consciente de que ella trabajara, ni mucho ni poco. A lo mejor este día de asueto operaba un cambio en él. James vería a las mujeres de los demás granjeros y tal vez la animaría a salir más. Vería los maniqués en los escaparates de las tiendas y le propondría que se comprara la ropa ya hecha en lugar de adquirir cortes de tela gris y marrón en el mercado. Aunque quizá eso fuese esperar demasiado.

Levantó el balde y enfiló el camino para ir a por agua. Mientras accionaba el surtidor percibió lo desierto que estaba el campo; todos se habían ido de excursión. Por supuesto, las mujeres con niños pequeños se habrían quedado en casa, pero tendrían demasiado que hacer para andar por los caminos. Eleanor decidió que no saldría en todo el día. No quería que nadie advirtiera que la habían dejado rezagada, a pesar de que ahora se alegraba bastante de que así fuera.

A la hora de almorzar se hizo un té, una tostada con mantequilla y un huevo duro. Comió despacio, deleitándose en el lujo de no tener que andar de acá para allá poniéndole la comida delante a James. Quizá a partir de ahora podría darle conversación durante las comidas, así él

no terminaría tan rápido. Mañana le preguntaría por la excursión. Tal vez incluso daría para estirar el tema cuatro o cinco días o hasta una semana si no hacía demasiadas preguntas de una tacada. De esa forma James se acostumbraría a conversar con ella sobre cualquier cuestión. Al fin y al cabo, otros hombres hablaban con sus mujeres.

Decidió coger la uva espinosa y preparar mermelada por la tarde a pesar de que hacía calor. Arrancó los frutos y, mientras les quitaba el rabito, planeó las preguntas que formularía para que James le relatara la excursión. Esta noche no lo importaría. De todos modos, llegaría tarde, así que se limitaría a preguntarle si estaba cansado y si había pasado mucho calor en el tren. Le serviría algo de cenar y después ya sería hora de dormir. Mañana, en cambio, hablarían del trayecto en tren y los agentes de aduanas; y al día siguiente, de las calles de Dublín y las tiendas y de dónde había almorzado. Y todavía quedarían por referir los hombres con los que había estado y los campos por los que había pasado; ¡cuántas cosas de las que hablar! Los temas les durarían fácilmente una semana, y es posible que después James aún se acordara de algún detalle que compartiría con ella, siempre y cuando se mostrara interesada en todo momento. A partir de ahora las cosas serían más sencillas, Eleanor lo presentía.

La cocina estaba muy caldeada porque había hecho un buen fuego para que la mermelada rompiera a hervir rápidamente. Ya que estaba, podría meter algo en el horno para aprovechar el calor, aunque se le estaban formando charquitos de sudor en los huecos de las clavículas.

Empezaba a hacerse tarde cuando puso la mesa para la cena, con el pan recién hecho y un tarro de la mermelada nueva. Aunque James no la comiera, haría bonito. A lo mejor sí que se animaba a tomarla, si venía con hambre, y a partir de entonces tal vez le gustaría la mermelada y ella no tendría que ver cómo los frascos arrumbados en la alacena criaban moho azul.

Cuando todo estuvo listo, se sentó en la puerta para tomar un poco el fresco y esperar a James. El sol se puso y se levantó brisa y empezó a preocuparse porque no hubiese vuelto aún. La tetera se había enfriado y Eleanor recogió un puñado de ramitas y trocitos de carbón para ponerla a hervir de nuevo. Ya casi había anochecido, así que encendió la lámpara y se sentó junto al fuego.

Por fin oyó pasos en el camino y aguardó sin moverse del sitio; la expectación la tenía inmóvil. Quizá hasta le había traído un regalito; por la mañana se había ido de muy buen humor. Entonces Eleanor se percató de que lo acompañaba alguien más. Oía las pisadas de dos o tres hombres. Era raro pero alentador, porque a James le haría mucho bien cultivar un poco más las amistades. Se puso de pie en el momento en que la puerta se abrió y entraron los hombres. Con una conmoción que le provocó náuseas se percató de que James estaba bebido, tanto que los dos vecinos que lo acompañaban lo llevaban casi en volandas. Lo dejaron en el primer sillón que vieron cerca de la puerta. Él se derrumbó hacia un lado, pero Eleanor no se movió de donde se encontraba, junto al fuego, agarrada con una mano al respaldo del sillón del que acababa de levantarse.

Los dos hombres se enjugaron la frente y carraspearon, y uno de ellos dijo: «Se le pasará la mona dentro de un rato, señora Teggart. No se apure. Al llegar a Dublín nos bajamos todos del tren muy acalorados y nos metimos en un pub enfrente de la estación, en Amiens Street. Los demás salimos después de una ronda o dos, pero él se quedó. Un par de vecinos entraron a echar un vistazo antes de montar en el tren de vuelta y el camarero les contó que James no se había movido de allí en todo el día. No está acostumbrado a beber, por eso está tan perjudicado».

Eleanor les dio las gracias con frialdad y cortesía a pesar de que notaba los labios tan rígidos que cada palabra le suponía un esfuerzo. Los hombres se despidieron discretamente, cerrando la puerta al salir.

Eleanor tomó asiento despacio, sin quitarle ojo a James, que estaba hecho un guiñapo, con la boca abierta y una pierna estirada. No podía hacer nada por él, era incapaz de acercarse a su marido a pesar de que era consciente de que necesitaría ayuda para meterse en la cama. En ésas, James se espabiló de pronto y empezó a dar tumbos por la cocina.

Mientras lo observaba, su envaramiento dio paso a una rabia violenta y asfixiante. James no había visto nada de Dublín. Se había dedicado a beber en un bar frente a la estación durante horas, sin ver nada, sin oír nada. De ahí no saldría ninguna conversación. ¿Con qué derecho había acaparado él aquel tiempo para desperdiciarlo, con el buen uso que le habría dado ella? James fue tambaleándose hacia la chimenea, tanteando a ciegas en busca de la

repisa. Eleanor lo observó apretando los labios y una urgencia desbocada la impelió a empujarlo con furia contra el fuego. Él estiró una mano, se agarró a la repisa en el momento de la caída y se aupó al sillón.

A Eleanor le flaquearon las piernas y se sentó despacio, con una mano en la mejilla y la otra apoyada en la mesa. No era capaz de seguir mirándolo. ¿Qué la había poseído para intentar empujarlo al fuego? Eso era asesinato; podría haberlo matado. A eso había llegado... al asesinato. O a lo mejor había sido todo producto de su imaginación.

Se dio la vuelta rápidamente y lo miró. Estaba recostado a medias en el sillón con los ojos abiertos, con la mirada perdida en el techo. La gorra estaba a un lado de la chimenea, tirada en el suelo. Chamuscándose un pelín. El olor la mareó. Se levantó y fue despacio hasta la cama, aferrándose a todos y cada uno de los muebles que había por el camino.